

EL PADRE

Su nombre crecía alrededor de aquel otro nombre, como si fuera una enredadera. En realidad no tenía que avergonzarse de esa suerte de dependencia. Al fin y al cabo el nombre lo había heredado: era tan suyo como la piel que le cubría los huesos.

-Soy el hijo de Tanio Urbino -dijo al llegar ante el grupo de artistas.

Le miraron entre curiosos y admirados. El aire bajo la carpa era pesado y olía a estercolero, como si estuviesen removiendo la tierra las patas rugosas del elefante. Aquel ambiente no le parecía extraño, percibiendo en la sangre algo así como una inyección de "circo".

Allí estaban todos los que ya conocía de oídas. El hecho de que no estuviese presente Tanio Urbino no le inquietaba demasiado.

Además, en todas partes, en los carromatos, en los volantes anunciando el debut, en la prensa, en la televisión, en la radio, sonaba retumbando el nombre -su nombre- ¡Tanio Urbino! Por eso cuando se le comunicó que su padre no estaba allí fue lo mismo que si lo viese...

El perfil de Tanio Urbino, padre, a su juicio, venía a ser, aunque le pareciese extraño, la imagen ondulante de un circo visto desde lejos. Para él, Tanio Urbino, aparte de constituir la presencia en carne y hueso de su progenitor -el que le enviaba cheques para su manutención en el colegio de internos- representaba la poesía misma del circo, aquella carpa de la que tanto le hablara su madre.

A los quince años las ilusiones de Tanio Urbino, hijo, consistían, sobre todo, en conocer a Tanio Urbino, padre. Muerta su madre, quien estuvo siempre recordándole el circo, describiéndoselo, Tanio Urbino, hijo, se propuso, con un mapa ante los ojos, recorrer el itinerario del Circo Urbino. Decidió realizar el viaje a espaldas de sus tutores del colegio y sin escribir antes a su padre, irrumpiendo inesperadamente en la carpa.

-¿De modo que también te llamas Tanio Urbino?

La interrogante la formuló una voz gangosa. Tuvo la impresión de que aquel puñado de artistas resultaba una sola persona, igual que si fueran mellizos múltiples. En rigor no podía distinguir un rostro de otro, ni el tono diferente de las palabras. Sumergido en la penumbra un tanto sofocante del circo, con su picante vaho a zoológico, a potrero o a estadio de boxeo, llegó a perderse en una especie de autohipnosis. Del Circo Urbino derivaba la impresión de un cuadro visto antes, de una escena que le hubiesen vaciado en transparencias cerebro adentro.

-¡Vaya, si yo te tuve en brazos el día de tu nacimiento!

El coro a un tiempo heterogéneo explotó en una carcajada. Le absorbía la idea de que los

allí presentes formaban parte de su propia familia y que privaba una misma tonalidad en todas las voces.

Arriba, en el entretejido de sogas y de trapecios, adivinaba la peripecia mayor del circo y le venía a la memoria la imagen de la madre que en su juventud había sido volatinera hasta que la invadió un miedo cervical a caerse y dejarle huérfano. Y tuvo la extraña sensación de que entre los artistas se hallaba también ella, en espíritu.

-¿Dónde puedo ver a mi padre?

El coro de artistas se volvió para mirarle y al joven le pareció una vez más que toda aquella gente tenía un rostro común que los identificaba, y que todos los ojos convergiendo sobre él se convertían de súbito en uno solo, como si la compañía entera se transformara en un curioso Polifemo y le hiriera con su único ojo agudo y reluciente.

-Aquí mismo...

La voz -¿era una voz o muchas voces? - saltaba de las bocas con blandura de algodón, con esa gracia alada de los maromeros que se las conocen todas. ¿Por qué hablaban en monosílabos los artistas del Circo Urbino? Oyéndoles se quedaba perplejo y le asaltó el temor de que molestaba o de que...

El pequeño vehículo que entró atronando el espacio abierto bajo el mástil de la carpa, una moto estridente, vino a turbar sus reflexiones.

Era un mensaje para Tanio Urbino, y el hijo experimentó el orgullo de su prosapia cir-

cense, si bien sólo tenía una vaga estampa de aquella existencia trashumante. Ciertamente que Amelia Varano, su madre, le había relatado tantas anécdotas sobre el Circo Urbino, que ya éste le era familiar. De Tanio Urbino, sin embargo, no acababa de explicarse por qué, allá en su niñez lejana, su madre solía hablarle con un acento misterioso. De ahí que sólo pudiese imaginarlo en el flamear de la carpa al viento, en el rugido del león y en el estallido del látigo de los domadores.

Ahora, ante los miembros de la "troupe", lo reconstruía con gran esfuerzo en una figura sin rostro que pronto vería por primera vez.

-Es un telegrama para el jefe...

-El jefe, el propietario del Circo Urbino, Tanio Urbino y él, su hijo, su heredero! Pero... ¿dónde estaba su padre?

Se enteró de que éste con frecuencia se esfumaba como por arte de magia.

-Tendrás que esperar un buen rato -subrayó la misma voz gangosa.

Otra de las artistas añadió:

-Aunque mejor podrías, si es que no le has anunciado la visita, volverte al colegio...

Y supo cómo Tanio Urbino acostumbraba enojarse por lo más mínimo, soltando palabrotas que hacían temblar a sus subalternos. Desconocía ese aspecto de su personalidad. Jamás había podido convencer a su madre de que le llevara ante él. Cuando Amelia Varano murió, su padre no estuvo en el sepelio y ya en el colegio adonde fuera enviado se encontró como en un vacío, solo, con un mundo de añoranzas: una carpa al viento, unos trapecios, unos payasos y un rostro de perfil desconocido. Venía a romper esa incógnita, a escuchar esa voz, a saber, por fin, cómo era su

padre. Pero éste no aparecía y por un momento tuvo la sensación de que su soledad se acentuaba y de que Tanio Urbino, a lo mejor hablaría en la misma voz de la "troupe", isócrona y remota.

-Creo que si has venido por tu propia voluntad, enojarás a tu padre. Harías mejor en marcharte.

El comentario formulado por una mujer con el pelo rojo y el cuerpo apretado por unos pantalones de pana negra, trajo a su mente la figura de un hombre de anchas espaldas, con un látigo en la mano, botas lustrosas y un vozarrón como para asustar una jauría de fieras.

Aquella podría ser la nueva amiga de su padre, la de turno... y fue hundiéndose poco a poco en un pesado silencio cuando de pronto alguien dijo:

-¡Ahí llega Tanio!

Adivinó un ligero temblor en la voz del que hablaba y volvió el rostro hacia donde se dirigían las miradas. Contempló al recién llegado. No, aquél no podía ser Tanio Urbino. ¡Imposible! Sin embargo, todos le saludaban y le llamaban por su nombre. Comenzó de improviso a forjarse en su mente la figura que él buscaba, la que no sospechaba que pudiera surgir de la bruma de su cabeza. Nadie le presentaba. Todos hablaban de la próxima función, de la posibilidad de un beneficio escolar, de los pronósticos de una posible lluvia ¡y él allí, a solas! Hubiera querido gritarles que contaran con él, que le presentaran. ¿Era aquél, de veras, Tanio Urbino? Su voz sonaba como la de todos los miembros de la compañía circense, ni más ni menos. Acaso un leve tono humorístico, una palabra desgarrada y una sonrisa. ¡Aunque no, aquél no podía ser él!

Su madre se había limitado a hablarle

de su padre en términos genéricos, sin dejar constancia de su estampa humana. Ahora, allí estaba un hombre desconocido a quien él no alcanzaba a descubrir y no se aventuraba a correr para gritarle ¡padre! Entre los allí reunidos nadie se movía para presentarle y él, él se hallaba agarrotado y con los pies como de plomo. Una voz, una de aquellas voces atonales y gangosas, sin colorido, desganadamente dijo:

-Tanio, tu hijo está aquí. Ha venido del colegio a verte.

Una cabeza arrepollada, ancha; unos ojillos tristes y unas manitas cortas se volvieron hacia él. El enano, el enano aquél, el que él no podía creer que fuera su padre, caminaba a su encuentro y se balanceaba como todos los enanos con un movimiento de simio.

-Hijo, perdona que no te haya escrito nunca. No quería que me conocieras. Como ves, no soy nada más que un enano, un pobre enano que no quiere que su hijo se avergüence de él. Nada más que eso.

A Tanio Urbino, hijo, le invadió de súbito una honda ternura. Se abrazó a su progenitor y le vio, por fin, como le había soñado, más alto que el mástil del circo, tan alto como las nubes y tuvo la impresión de que iba elevándose hasta las estrellas, cielo arriba.